

## La sequía

Corrían días<sup>(1)</sup> terribles para las comarcas azuayas.

Dios hizo de ellas un *colmado canastillo*, puso la perpetua verdura primaveral en sus campos, regados por multitud de ríos y torrentes, que los fecundan; dióles la sombra de bosques seculares bajo la inmensidad de un cielo azul y cristalino, y las pobló de gente laboriosa y humilde, sincera y devota, que se contenta con poco para llenar sus horas de satisfacción y alegría.

Mas, según el miserable juicio humano, fruto del dolor y la desesperanza, Dios raras veces es completo, y no parece sino que busca la aplicación de la ley de compensaciones con el objeto de no labrar en el bajo mundo la plenitud de la dicha de sus pobres criaturas; y Dios, al hacer un Edén esa bendita tierra, se reservó el derecho de afligirla de vez en cuando con las angustias de la sequía y la horrible desesperación del hambre.

¡La sequía!..—El sembrío está en floración espléndida: brota, crece, se expande el germen generoso, abriendo a la esperanza los corazones de ricos y pobres. Las campiñas son inmensas sabanas de verdura, ya medio amarillenta con los frutos tempraneros, y el Sol, una bendición del Cielo, que alegra las almas de los creyentes campesinos.

Y sucede que en una noche cualquiera ese cielo misericordioso se pone de un azul profundo, metálico, en cuyo fondo brillan las estrellas con inusitado resplandor. Vuélvese la atmósfera de una diafanidad fatigante, y corre frío, mucho frío, un frío húmedo y enervador.

Inquiétanse los labriegos; los hacendados se enfurruñan; aldeanos y habitantes de la ciudad alzan con angustia los ojos a la altura, y murmuran todos:

—¡La Lancha!

¿Qué es la lancha?.. Díganlo meteorólogos y más hombres de ciencia. No es la nevasca; no hay nieve en aquella zona, sino es en las distantes y altísimas cumbres, extrañas a la vegetación aprovechable; no es el pedrisco, el granizo, porque éste suele venir envuelto en ráfagas de grandes lluvias, y resulta inofensivo; no es la escarcha, porque no cae una gota de mal relente, y apenas el suave rocío vespéral humedece los campos. Es algo peor: un súbito enfriamiento de la atmósfera, una congelación circundante. Y así, en una noche, los gérmenes mueren, las plantas tiernecitas y prometedoras se agostan, se quema hasta la grama de los prados, y caen las flores de los huertos; y cuando amanece, un sol fúlgido en un firmamento sin nubes, de azul turquí, alumbra una vasta extensión amarilla, de color de cadáver... ¡Con meses de anticipación, se han perdido las cosechas!

Y es lo terrible que el suceso se repite noche por noche, en cientos de leguas de extensión; y a estos enfriamientos suele acompañar el agotamiento de los raudales que bajan de la montaña, que son agua potable, riego, higiene, salud y vida; y cesan las lluvias; y hay en la Naturaleza un gran dolor y un gran silencio.

¿Cuál la obligada consecuencia de esto? El hambre de millares de infelices; la muerte del escaso ganado; la dispersión o fallecimiento de las familias indígenas, siempre las peor libradas. Caen las gentes por docenas, por centenares, en los caminos, en los recovecos ignorados, en las apartadas chozas.

Pues con la sequía, la peste. Los ríos son chorros misérrimos y sucios; la falta perpetua de la más primordial higiene pública, fea característica de las poblaciones serraniegas, multiplica por miriadas de miriadas los gérmenes patógenos; y como los labriegos se disputan con las aves y con los animales inmundos granos verdes y raíces malsanas, no es mucho que la disentería, el escorbuto, el tifus, se propaguen de modo incontrastable.

Y en aquel año fatal había en Cuenca hambre, peste... y el espectro de la guerra civil que llamaba a las puertas; y como ya comenzaba a arder la contienda armada en lejanos ámbitos de la República, el odio político hacía de las suyas, persecutor e iracundo.

Y para que nada faltasen al espanto de los humildes e ignorantes, todas las noches recorría, solitaria, los espacios una estrella de vivo resplandor con una enorme cauda lumínica, que parecía un abanico desplegado en la inmensidad profunda; a cuyo paso ululaban los indios, balaban y mugían lastimeramente los rebaños, aullaban los perros con las cabezas vueltas hacía arriba; y sollozaban los ciudadanos dándose golpes de pecho, de rodillas en calles y plazas. Y de instante en instante se enrojecía el firmamento con súbitas llamaradas que incendiaban con fulgores de meteoro los horizontes perdidos entre el azul del cielo y la negrura de las montañas... ¡Qué días, y sobre todo, qué horror de noches!

Hambre, peste, guerra... y cometa: año terrible. —Los fieles cristianos más devotos que nunca acudían en tropel a la iglesia catedral a ofrendar su angustia en las aras de la Madre Piadosísima, ya puesta su última esperanza en la misericordia divina.

El gran templo<sup>(1)</sup> estaba materialmente lleno. En la ciudad de Cuenca de ahora cuarenta años ir a la iglesia era costumbre, un hábito social; y en el caso a que estamos refiriéndonos, había, además, la curiosidad de oír a orador tan aventajado.

¿Qué decía?.. La plática fué corta, y admiróse el auditorio al advertir cuán bruscamente se había interrumpido. Pero en el ánimo de todos estaba la sensación de que algo iba a ocurrir... Se aumentó, de pronto, la iluminación del altar mayor, y descubrióse el Santísimo, con el acompañamiento coral de los himnos rituales. Entonces se levantó el predicador, que, durante esta mudanza había permanecido de rodillas dentro del púlpito, y ante la postrada multitud comenzó a hablar nuevamente.

(Concluirá en la próxima entrega)

(1) La vieja Catedral de Cuenca, Ecuador.



(1) Año de 1882. En Azuay, Ecuador.